MUESTRA GRATUITA

Los que fuimos escolapios en la EGB

Un rebaño tan pasota como los pastores

José Ramón Chaves García

Estas son las primeras páginas del libro. La obra completa está a la venta en Amazon, en las 17 tiendas del mundo.

eBook Kindle · Comprar en Amazon **3,99 €**

Tapa blanda · Comprar en Amazon **12,99 €**

Ficha del libro, precios y otras tiendas:
amicuscertus.es/es/catalogo/los-que-fuimos-escolapios/

AMICUS CERTUS

LOS QUE FUIMOS ESCOLAPIOS EN LA EGB

Los que fuimos escolapios en la EGB

Un rebaño tan pasota como los pastores

José Ramón Chaves García

AMICUS CERTUS

Los que fuimos escolapios en la EGB. Un rebaño tan pasota como los pastores

© José Ramón Chaves García, 2026

Editorial: Amicus Certus

Primera edición: 2025. Esta edición: Amicus Certus, 2026

Editor: José Francisco Adserias Vistué

Ilustración de portada: Gabriel von Max, «Affen als Kunstrichter» (detalle), 1889

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización del titular de los derechos.

A Carlos Juan, Manolín, Pepe Conde y Daniel Batalla,
compañeros de correrías escolares... y amigos de
extraescolares.

Índice

Prólogo **xi**

Capítulo 1. Un contexto de cambio **1**

Capítulo 2. El volcán y sus aledaños **7**

Capítulo 3. Un colegio de pago **11**

Capítulo 4. Los ruidos **17**

Capítulo 5. Los olores **21**

Capítulo 6. La trastienda de Diógenes **23**

Capítulo 7. Las reglas del juego **25**

Capítulo 8. Enjaulados **31**

Capítulo 9. El recreo o la teoría del caos **35**

Capítulo 10. La taberna del buda **37**

Capítulo 11. La primera, en la frente **39**

Capítulo 12. Disciplina: el que se mueve no sale en la foto **41**

Capítulo 13. Bestiario de profesores **47**

Capítulo 14. El método **65**

Capítulo 15. Claves para sobrevivir en las aulas **75**

Capítulo 16. No todo es estudiar **79**

Capítulo 17. Una de romanos **83**

Capítulo 18. Contamos contigo **85**

Capítulo 19. La salud **91**

Capítulo 20. La portería **93**

Capítulo 21. Un libro no ocupa lugar aunque sí el material escolar **95**

Capítulo 22. Nos llevan de excursión **103**

Capítulo 23. La tribu **109**

Capítulo 24. Rebeldes sin causa **115**

Capítulo 25. Cosas de Religión **121**

Capítulo 26. Lo que el colegio no enseñaba **125**

Capítulo 27. Lo que la EGB nos legó **133**

Capítulo 28. Como en casa, en ninguna parte **141**

Capítulo 29. ¿Diferencias de generación o degeneración de la educación? **147**

Capítulo 30. Escolares tras el túnel del tiempo **155**

Este libro…

No es una novela…
No es reescribir la historia…
No es un juicio al sistema educativo ni a sus protagonistas…
No es un ajuste de cuentas…

En cambio…

Es un inventario de vivencias escolares con ojos de escolar…
Es un homenaje a quienes tuve la suerte de contar como profesores…
Es un regalo para quienes fueron mis compañeros…
Es un legado para que mis hijos conozcan cómo se formó su padre…

Prólogo

Cuando observamos nuestro pasado nos asombramos de que el retrovisor de la memoria se presenta fragmentado y distorsionado.

Se presenta fragmentado porque la memoria es selectiva y solo se detiene en chispazos, imágenes y anécdotas que requieren que su protagonista los hilvane para dotarlos de sentido conjunto.

Y se presenta distorsionado porque una cosa es la experiencia que se vive, con especial intensidad cuando la percepción y la razón se están forjando, y otra como se recuerda cuando el tiempo nos ha hecho evolucionar hasta un punto en que no solo no seremos capaces de cambiar el futuro, sino que inconscientemente reconstruimos el pasado.

Sin embargo, esa distancia temporal y la investidura de madurez sufrida por quienes un día fuimos niños inocentes sometidos a la formación en el Colegio Loyola de Oviedo, nos ayuda ahora a percibir en su justos términos la relación pasada con el Centro. Y tengo que confesar que a mi juicio, el saldo de tal experiencia educativa fue altamente positivo.

No lo digo por los modestos éxitos que pueda haberme brindado la vida, y que posiblemente son fruto del azar, del esfuerzo o la intuición, de la influencia familiar, o de estupendas personas que supieron sacar lo mejor de mí.

Tampoco lo digo por haberme convertido en un feligrés o beato, puesto que pese a mi experiencia de monaguillo en la parroquia de San Julián de los Prados y mi fe católica, me sitúo en un punto bastante distante del modelo recomendado por el Vaticano y la Iglesia oficial.

Pero puedo decir, y bien alto, que esa etapa escolar en el Colegio Loyola fue decisiva para forjarme como persona, para educarme en las herramientas básicas de supervivencia en el mundo actual, para

comprender los valores que deben inspirar a todo hombre de bien y para aprender la importancia de la camaradería de estupendos compañeros.

Mentiría si dijese que la talla intelectual de los profesores escolapios era superlativa o si venerase a alguno como un maravillado discípulo idolatraría a su sabio Maestro. Tampoco puedo decir que saliese con el cerebro amueblado como una biblioteca completa y homogénea. Nada de eso.

Pero digo la verdad cuando afirmo que dieron con creces satisfacción a las expectativas educativas que abrigaron mis padres y a las que yo podía aspirar en una España que se desperezaba antes de ponerse el atuendo democrático y llamar a las puertas de Europa. No puede olvidarse que durante mi proceso educativo se vivieron momentos históricos, política y socialmente complejos, y aunque los métodos educativos escolapios eran manifiestamente mejorables, fueron más que aceptables y altamente idóneos para forjar ciudadanos de bien. Me quedo con un nivel elevadísimo de tolerancia por encima de los centros similares de la época. Me quedo con la involuntaria combinación de un ideario trasnochado con el crecimiento del espíritu crítico de los alumnos. Y me quedo con una comunidad educativa que merecía tal nombre porque más allá de la anécdota y de la buena o mala experiencia puntual, reinaba la armonía entre profesores y alumnos. El fruto consistió en un vívido sentimiento o percepción de una identidad común como escolapios, con orgullo de pertenencia a un grupo que se reconoce como propio, sensación que perdura hoy día con inevitable nostalgia y sonrisa benévola.

En suma, religión sin fanatismo, enseñanzas sin vacíos, castigos sin humillaciones, disciplina con valores positivos y sobre todo, buenas personas en general.

Gracias a todos.

P.D. ¡Ah! La visión es personal y no pretende persuadir a nadie de nada, de manera que si alguien desea dejar su lectura aquí mismo o más adelante, que no lo dude. Estoy seguro de que hay muchas cosas más interesantes que leer o hacer. Y aunque acepto de buen grado toda sugerencia que enriquezca o matice lo aquí dicho, ruego

que nadie intente distorsionar mi versión pues, como dijo Machado, "La verdad es lo que es, y sigue siendo verdad aunque se piense al revés".

CAPÍTULO 1

Un contexto de cambio

Si cuentas los años, el tiempo te parecerá corto; pero si meditas sobre los acontecimientos, te parecerá largo.

PLINIO EL JOVEN
Escritor romano

1. Todos somos hijos de nuestro tiempo. Y los tiempos van cambiando y nosotros con ellos. Creemos ser libres para decidir el destino y lo cierto es que a veces el presente ha sido decidido por otros, tanto a escala global como doméstica. Nos atrapa y condiciona para siempre.

2. La generación nacida en torno al año 1962 completó su ciclo formativo inicial estudiando desde el año 1966 hasta 1980 (parvulario, primaria y secundaria) y tuvo la suerte de alzarse en esa época en testigo privilegiado de extraordinarios acontecimientos de la historia internacional. El fin del Concilio Vaticano II (1965), el primer trasplante de corazón (1967), el asesinato de Luther King (1968), la revolución del Mayo francés (1968), la pisada del hombre en la luna (1969), la revolución de los claveles en Portugal (1974), el escándalo Watergate (1974), el fin de la guerra de Vietnam (1975) la paz de Camp-David entre israelitas y palestinos (1978), el triunfo de la revolución islámica en Irán (1979), la revolución sandinista (1979), etcétera. En España esa generación sería testigo y protagonista de la génesis y consolidación de una democracia con Constitución incluida. Tras abandonar el Colegio asistirían a fenómenos históricos: caída del muro de Berlín, accidente de Chernóbil, Internet, el desarrollo de la Constitución española, la consolidación de la Unión Europea, etcétera.

3. En ese amplio período la sociedad española giraba bajo valores y circunstancias que resultarían extravagantes en el siglo XXI. En esos tiempos escolares, lo ecológico y el reciclaje no formaban parte del vocabulario.

Lo más leído era el Diario El Caso donde se novelaban las más espeluznantes tropelías y delitos, que eran pasto de asombrado comentario en la calle, el bar o los ultramarinos. El Calendario Zaragozano era la Wikipedia de entonces; las novelitas de bolsillo de Bruguera de Marcial Lafuente Estefanía para varones y de Corín Tellado para mujeres ofertaban aventuras con final feliz; además las telenovelas eran fuente de evasión femenina en las peluquerías y salas de espera de dentistas y médicos.

El Televisor mostraba pantalla en blanco y negro, y dos cadenas como máximo. No había móviles y el contacto a distancia tenía lugar por teléfono fijo, casi siempre de bakelita negra. La alternativa, las cabinas de la calle, con sus colas para telefonear. Los ordenadores eran una cosa enorme que tenían los americanos que investigaban el espacio.

4. Los perros sembraban impunemente de cagarrutas la calle. El veraneo era de cercanías, y los domingos los niños acompañaban a sus padres dispuestos a acometer la tortilla y empanada en un prado lindante con la carretera o en una playa. El medio de transporte más habitual era aquello que se conocía como un utilitario, que si era muy avanzado, incorporaba radiocasete de cartucho o cinta que se enredaba periódicamente.

La velocidad en los vehículos era digna de admiración y tener un coche signo de ostentación; eso sí, el coche había que guardarlo en garaje, lavarlo con manguera los domingos y preservar el tapizado nuevo con funda.

No se consideraban malas las grasas ni los pasteles, ni la bollería en general. No parecía que hubiese alérgicos. El vino en las comidas era habitual e incluso recomendable para abrir el apetito infantil. El tabaco era el deporte nacional, y si era de contrabando, mejor.

5. No había violencia doméstica ("le pego lo normal"). No había *mobbing* ("se molestaba lo normal"). No había corrupción ("se robaba lo normal"). Y es que tales monstruos gozaban de buena salud

pero en la clandestinidad social. Tampoco había sida o epidemias incontroladas (solo "síndromes atípicos"). Ni grandes superficies (la tienda de barrio era la gran protagonista; la tendera conocía a los clientes por el nombre y se fiaba). Empezaba el Telepizza, las discotecas a la americana, los pubs a la inglesa, etcétera. El agua mineral se consideraba una excentricidad y las latas de Coca-Cola una moda propia de los americanos.

6. Allá por 1975 el acontecimiento español de mayor impacto fue el fallecimiento de Franco, cruce de militar y dictador, que marcó la vida política, social y doméstica de cuarenta años de la España salida de una guerra civil. El día de su muerte fue lamentado por unos y jaleado por otros, pero para los niños que por entonces rondábamos los trece años tal suceso significaba tan solo un día sin clase. Las razones no importaban. Si el tal Franco se había muerto, los mayores captarían sus implicaciones pero lo que era perceptible directamente por la población escolapia era un día de asueto, sin deberes, sin curas ni profesores y con el sabor de lo inesperado.

7. Por entonces, los días sin clase no suponían encerrarse con consolas, videos, equipos electrónicos ni artilugios similares sino que brindaban la oportunidad de callejear con los amigos, con diversiones tan inocentes como gratificantes consistentes en golpear una pelota, juegos de calle o naipes, pídolas o carreras, o disfrutar de la lectura de tebeos o de yo-yos.

Nada de drogas sintéticas. En la preadolescencia el vino y el tabaco llamaban a sus puertas y al finalizar la adolescencia algunos rendían honor a los porros, pero nada extremo. Juventud sana con sanas inquietudes.

Dado que ir al cine era excepcional y un auténtico acontecimiento, el plato televisivo fuerte y codiciado en la infancia eran los *Chiripitifláuticos* (Capitán Tan, Valentina, Tío Aquiles y el increíble Locomotoro); le sucedieron los *Los payasos de la tele* en blanco y negro, con Gaby, Fofó y Miliki, o las historias de la repelente *Pippi Långstrump*. Los dibujos animados preferidos eran *Mazinger Z* o *Los Picapiedra* y *Maguila Gorila* y más adelante se seguían con pasión los de *Scooby-Doo*.

En la preadolescencia, se disfrutaba con *Bonanza*, *Vacaciones en el mar*, *La Casa de la Pradera*, *Sandokan* y cómo no, las series de películas de animales (*Skipy* el canguro, *Furia* el caballo negro, *Flipper* el delfín, etcétera.). No me explico cómo podíamos visitar zoológicos sin recriminarles que los huéspedes no fueran tan listos.

Ya adolescentes nos cautivaban las aventuras de *Kung-fu* por el Oeste americano o los intrépidos policías *Starsky y Hutch* así como la serie nocturna de los sábados: *Investigación*.

La música era la que ofrecían los *casettes* o los discos de vinilo, piezas escasas y caras, como lo eran también los aparatos para escucharlos. No es de extrañar que la mayor ilusión fuera escuchar las noñerías del concurso de Eurovisión.

8. Los espectáculos no solían estar al alcance de los menores. Los circos eran un acontecimiento, donde los trapecistas actuaban sin red y los animales salvajes eran auténticas fieras. Los teatros eran cosa para mayores y no para todos los mayores, y los conciertos musicales o actuaciones de ópera eran para mayores que no tuvieran ingresos menores.

Para los pequeñuelos el espectáculo más barato, directo y espontáneo era el de la cabra que subía una escalera mientras tocaba el acordeón un cansino individuo de tez oscura, con ayudantes que recibían las monedas que los vecinos les arrojaban desde las ventanas. También era gratuito el concierto del afilador que con su chiflo en una mano avisaba de su presencia mientras con la otra tiraba de un carrito con su herramienta de trabajo.

9. Los padres de entonces iban asentando sus economías y familias, prefiriendo por lo general la discreta paz del hogar a la beligerancia política. Una pujante clase alta se consideraba más alta todavía mientras que la burguesía comercial e industrial aumentaba su nivel de vida. El campo no acababa de despertar y los más enviaban sus hijos a estudiar a la capital en la esperanza de conseguirles una vida mejor.

Los derechos de los trabajadores por entonces eran considerados un privilegio, pues la posición del empresario era la del patrón más que la del compañero. Del domingo de descanso por aquello de emular a Dios tras la creación, se fue avanzando en la conquista

del ocio; en una primera etapa no trabajando los sábados por la tarde, y en la segunda quedando libre el fin de semana completo. El precio de este régimen era una dedicación horaria amplia y rígida que comportaba el sacrificio del tiempo del denominado entonces "cabeza de familia" (dado el papel postergado de la mujer) para el trabajo y sustraído a los menores o a su propio ocio. Además el escaso salario comportaba la necesidad de los padres de familia de acudir al pluriempleo y "buscarse la vida", todo sin perder de vista los duros años de postguerra y que imponían carácter para trabajar y evitar que sus hijos pasasen necesidades.

10. Las grandes superficies comerciales no existían. En bachillerato fue un acontecimiento la apertura de Galerías Preciados y El Corte Inglés en Oviedo, rivalizando en la misma Calle Uría. Tampoco existían los actuales "Todo a 100". La referencia era las tiendas de barrio, los establecimientos de los aledaños de la C/ Uría y el Fontán como mercadillo de obligada visita los fines de semana.

11. Las pandillas de delincuentes y quinquis eran habituales. Grupos de desarraigados que pululaban para amedrentar a quienes no eran como ellos. Se repartían la ciudad por barrios como territorios, tomando por base los salones recreativos y convirtiendo las ferias en pulsos de exhibición de poder entre las distintas bandas, donde las algaradas y reyertas no faltaban.

12. La religión poseía peso en el mundo terrenal. Los sacramentos se practicaban (al menos para la galería) y la misa dominical era un acto social obligado, para padres e hijos menores de edad. En paralelo, las órdenes religiosas asemejaban sectas benéficas para la asistencia social, la educación o las misiones. Buena parte de los militantes religiosos, sacerdotes y hermanos, habían asumido su rol religioso por mayor necesidad que vocación, lo que les privaba de fanatismo y encastillaba en la inercia de su misión apostólica.

13. La vuelta a la esquina del siglo XX pillaría a nuestra juventud en la cuarentena y sufriría el tránsito de un modelo patriarcal, donde los padres eran dueños severos de sus vidas a un modelo inverso, donde sus hijos serían los discretos tiranos de las decisiones. Hoy día aquellos niños han desparecido y en su lugar hay cocineros,

abogados, economistas, químicos, carniceros, profesores, políticos, artistas y otros protagonistas de la vida del país, pero en alguna parte de su cerebro están los recuerdos y sensaciones de aquellos años formativos en los escolapios.

CAPÍTULO 2

El volcán y sus aledaños

La ciudad es un corral de seres humanos.
WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ
Periodista

14. Los pedestales son importantes para la estatua como lo es el escenario para la obra. Por eso la cáscara de un centro educativo es sumamente importante para quienes están llamados a vivir en su interior y obtener el fruto.

15. Oviedo era la sede del Colegio Loyola, de la orden escolapia, formalmente denominada Orden de los clérigos regulares pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías.

La Vetusta novelizada en *La Regenta*, obra inmortal de Leopoldo Alas "Clarín", se extendía a lo largo de un valle. Se ofrecía como una pequeña ciudad burguesa, con trazado sencillo en torno a la espina dorsal de la señorial Calle Uría, conservando buena parte de las fachadas y cristaleras del siglo XIX. En uno de sus extremos la estación de trenes del Norte (Renfe) y en el otro la plaza de la escandalera (que recibía su nombre del mercado para vender pan de escanda).

En las proximidades, en un local ennegrecido y subterráneo, la estación de autobuses (Alsa).

Todo girando en torno a un pulmón vegetal, el Parque San Francisco, que por entonces contaba hasta con osa y todo (paciente Petra que giraba por barquillos). Mucho edificio antiguo, para hacer juego con la Catedral de Vetusta que se alzaba orgullosa y por entonces oscurecida por el mal de la piedra (hoy maquillado y sustituido por la límpida tez amarillenta). Mirando a su lado, el mercado del

Fontán, bullicioso y alegre (artesanía, flores, carne y pescado) y al otro, la Audiencia Territorial (solemne templo de la justicia).

En sus proximidades el dédalo de callejuelas tejido en torno a las calles de Cimadevilla y Magdalena, que rodeaban a la entonces plaza del Ayuntamiento (hoy plaza de la Constitución). Y eso sí, infinidad de sidrerías con mostrador de zinc o madera y suelo de serrín, con pinchos de tortilla o chorizo para el visitante que velozmente se tomaba unos "culines", o un chato de vino peleón. También había barrios, muchos y en transición. El urbanismo improvisado, con edificaciones irregulares, que unían lo viejo y lo nuevo, ofrecía esos satélites de la ciudad formados por familias con sueños y mozalbetes que callejeaban para divertirse.

16. El Colegio Loyola se situaba y sitúa actualmente, en un enclave privilegiado, en la falda del monte Naranco de la ciudad de Oviedo. Este emplazamiento data de los años posteriores a la guerra civil, cuando los escolapios adquieren el centro educativo, que originariamente fue situado hacia 1920 en la C/ General Elorza. Hoy día se alza majestuoso sobre un panorama de edificios, calles y callejuelas, apiñadas en el valle. A su espalda, la sosegada visión de bosques, praderas y pacientes vacas. En su proximidad hacia la ciudad, descollaba una cúpula pentagonal que albergaba la por entonces Cárcel Correcional de Oviedo.

En su trasera hacia el monte Naranco, saludaba a las Iglesias prerrománicas situadas en su ladera, San Miguel de Lillo y de Santa María del Naranco, hoy calificadas como Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO.

17. En una perspectiva aérea, el edificio del Colegio presentaba en los años setenta la forma de herradura. Su frontal alojaba las oficinas y recepción, tras una solemne escalinata exterior. Mirando la fachada, un brazo a la izquierda se destinaba a aulario con dependencias para los escolares menores, que se prolongaba en una sala destinada a cine.

La barra central mantenía las oficinas y Portería de recepción para padres y visitantes.

El otro brazo contaba con aulas para los mayores que se completaba con una prolongación final destinada a albergar un inmenso tem-

plo que compartía tabique con una gran cancha deportiva cubierta de las inclemencias atmosféricas.

El Colegio poseía la estructura propia de un establecimiento carcelario por cuanto su perímetro estaba cerrado con los elevados muros de las sucesivas instalaciones escolares (cine, aulario, templo y cancha cubierta) que iban seguidos del cerramiento con muretes que separaban la zona deportiva de los campos y calles del Monte Naranco. Tales cierres cumplían la doble misión de impedir que los alumnos saliesen del recinto sin autorización o haciendo novillos, y de evitar que curiosos y extraños perturbasen la vida escolar.

Las vías de entrada y salida para los peatones se reducían a una pequeña puerta de tránsito tumultuario de alumnos y otra más solemne en que desembocaba la escalinata reservada a padres y visitas en general.

Para el acceso de los autobuses de transporte escolar estaba el viario exterior, normalmente embarrado y en los primeros tiempos débilmente custodiado por algún que otro perro con caseta y todo. El barrizal se debía a que el centro autorizaba a los camiones de las obras acometidas por la ciudad a depositar su carga de escombros en la sima lateral del Colegio, de manera que la simbiosis se producía: el centro escolar obtenía un beneficio económico y las constructoras un ahorro de costes de porteo.

18. Una parte de los alumnos acudía al Colegio en autobús escolar y otros íbamos caminando. Siempre recordaré cómo varios escolares de la misma vecindad realizábamos cuatro veces al día el trayecto entre casa y Colegio, como peregrinos de cercanías (dos para subir de ida y dos para bajar de vuelta).

Para ello, atravesábamos las vías del ferrocarril y los campos; había conversación, risas, juegos y sorpresas, entre las cuales la más desagradable era el ser asaltado por las bandas de sinvergüenzas que, acompañados de perros y armados con palos (o refinados nunchakus) nos arrebataban las pocas monedas que teníamos. Mi grandísimo amigo Carlos Juan sabe bien de lo que hablo.

19. Fuera de los muros se encontraba el Sangri-La del salón recreativo, con los atractivos futbolines, donde se agolpaban los estudiantes en las horas próximas a la entrada y salida. Allí esperaban los *pinball*,

máquinas de bolas donde la destreza manual y el movimiento de cadera permitían jugar unos minutos sin provocar la temida "falta" (*tilt*). También los primeros aparatos de videojuego, con los marcianitos (*Space Invaders*) y el *Tétrix*. Todo sencillo y barato. Un modesto club social.

Próximas quedaban también algunas tiendas de ultramarinos que vendían enormes bocatas de queso y jamón a precios y cantidad muy competitivos con el bar del Colegio.

¿QUIERES SEGUIR LEYENDO?

Los que fuimos escolapios en la EGB

Un rebaño tan pasota como los pastores

José Ramón Chaves García

Estas son las primeras páginas del libro. La obra completa está a la venta en Amazon, en las 17 tiendas del mundo.

eBook Kindle · Comprar en Amazon **3,99 €**

Tapa blanda · Comprar en Amazon **12,99 €**

Ficha del libro, precios y otras tiendas:
amicuscertus.es/es/catalogo/los-que-fuimos-escolapios/